

Mi primera vez fue como un viaje a Disneylandia hasta el culo de anfetanas.

No hablo de cuando perdí la virginidad, que es lo primero que se le pasa por la cabeza a la gente de otra generación. Yo hablo de perder una virginidad de otro tipo, una más actual, que está en boca de todos. Hablo de mi primer Salto. Lo di al cumplir dieciséis años. En realidad, lo de las anfetanas es una comparación torpe, porque a nosotros «los adolescentes de hoy» ya no nos hace falta meternos esa mierda. Tenemos la Bahía.

Dar el Salto a la Bahía no es lo difícil. Lo difícil es volver.

Saltar tiene todo lo bueno de sentirte libre. Lo primero es evadirse y lo segundo adoptar la identidad que te dé la gana. A mí a veces me apetece ser bruja y soltar rayos por los dedos, inventarme hechizos, meter en un caldero todo tipo de plantas raras y colas de rata para una pócima, o convertir a alguien en una rana porque me está tocando los ovarios. Otras, me apetece ser un duende no binario y darme una vuelta por un bosque para echar un vistazo a la fauna que se junta ahí. Que es digna de ver.

El asunto no tiene nada que ver con lo conocido hasta ahora. Y de verdad que ni Odyssey Cloud o Rip Zone me pagan comisión por decirlo. Eso de tener un avatar y moverte por sitios inventados ha pasado a la historia. ¿Ponerte unas gafas enormes en la cara? ¡Qué va! La experiencia de que tu propio cuerpo esté metido de lleno en otra realidad ha cambiado el mundo. Dicen que es una vida artificial, pero a mí me parece más verdadera que mi vida en casa. Prefiero aliarme con un grupo de gnomos para buscar el diamante de la reina Cassandra Wenfield y acabar en una taberna bebiendo cerveza de frambuesa que discutir con mi madre o soportar a los gilipollas del instituto.

Mi madre piensa que estoy mal de la cabeza y por eso me ha pedido que venga a terapia. Y aquí estamos. Usted analizándome y pidiéndome deberes que le ayuden a comprender de qué va toda esta movida. ¿Qué quiere que le diga, psico? Para mí, la vida real es una interrupción de lo que me llena de verdad en la Bahía.

Que no piense que me desagrada el encargo. Esto de escribir siempre me ha llamado y creo que pocos han dejado testimonio de lo que es esto. Un párrafo mal redactado a lo mejor, o vídeos de poco más de dos minutos, donde lo que más se repite es: «mola, tío» o «Joder, es ¡BESTIAL!». Creo que tiene un nombre el síndrome este que no paran de repetir los carcas, eso de que tenemos la concentración media de un mosquito. Pero ¡oiga! Yo me digo que los mosquitos deben estar jodidamente concentrados para picar a alguien y que al mismo tiempo no le den un manotazo. A lo mejor no nos comparaban con los insectos. Yo qué sé. Hace tiempo que me resbalan las críticas.

El otro día pensaba que hubiera estado chulo que el encargo me lo hubiera mandado uno de esos canales de *reality*. Me imagino a mí misma delante de esos periodistas que van con cámaras en la retina, explicando esto. No me importaría hacerles de guía en una de las misiones. ¿Se vendría usted? Debería elegir bien su disfraz porque cantarían bastante si va de usted. No se ofenda. No lo digo por usted, sino por los otros.

El brazalete es un poco caro, pero vale la pena. Hay de esos para probar un día. Yo le invito a una ronda. Cuando me gradúe y tenga trabajo, claro. Me da un poco de pereza entrar en el tema ahora. Porque cuando se me plantea este asunto es como estar oyendo a mi madre de fondo. Estuve a punto de tatuarme el brazalete para no entrar más en la espiral de «te castigo escondiéndote el brazalete». Se ha vuelto una coña esto entre nosotros («los adolescentes de hoy»). Es la amenaza que gana por goleada. Pero luego la mayoría se lo tatúa y ya no hay vuelta atrás. Menos para el pobre Zalamero Sonders que sus padres lo echaron de casa. Me lo encuentro siempre en la Bahía mendigando estrellas de plata, para poder pagarse más tiempo ahí, porque dice que no soporta vivir

fuera. Visto así es patético, claro. Pero no todos los casos son como el suyo. La mayoría sabe encontrar el equilibrio. Lo que pasa es que demonizar la Bahía es más fácil. Así no hay que entrar en tantos matices, que son incómodos.

Para mí la Bahía es una consecuencia natural de cómo están las cosas en la vida real. Que sí, que las empresas se han forrado y nos chupan la energía. Ok. Pero, ¿alguien se ha preguntado por qué no queremos vivir nuestra realidad?

Estoy pensando que es demasiado intenso esto, psico. Voy a rebajar un poco porque me va a explotar el cráneo.

¿Qué vas a hacer con tu vida? Es la pregunta que se ha puesto de moda en las familias. Yo suelo responder que aún no he pensado en eso. Tengo dieciséis años, joder; todavía estoy estudiando. Pero me cabrea porque es una pregunta con trampa. Porque en realidad es más *qué no vas a hacer con tu vida* si continúas pasando tu tiempo en la otra dimensión. Y entonces me pongo pretenciosa y hablo de la necesidad de un cambio estructural de mentalidad. Así mi madre ya se pone a otra cosa. Le molesta cuando le suelto alguna chuminada de estas.

Yo también me hago esa pregunta, pero de otra manera. Es más bien una curiosidad. Me lo pregunto cuando el profesor abre la boca para explicar algo que mi cerebro posiblemente no retenga. Algo que apuntaré en la tableta, pero no me servirá cuando vaya a una entrevista y me pregunten por qué quiero trabajar con ellos. Bueno, es que no quiero trabajar con vosotros porque no creo en el sistema actual de trabajo. Dinero a cambio de alimento, de vivienda a precios estratosféricos, a cambio de mi vida. Toma, te entrego mi vida. Dudo que pueda decir en ese momento: una cosa, ¿sabías que en la Segunda Guerra Mundial, Japón bombardeó a China con armas biológicas y que murió mogollón de gente a causa de la peste bubónica?

Que yo no pretendo cambiar nada. Debería adaptarme, está claro. Pero si me toca adaptarme, pues por lo menos que no me agobien con la preguntita de marras. Todo esto lo pienso mientras deambulo por los pasillos del instituto para entrar en la siguiente clase.

—Aparta, bruja. —Antes de que me dé tiempo ya me ha empujado, la imbécil. Y la sonrisa de suficiencia acompañada por las risas pulgosas de su cortejo me dan por culo. No me prestan mucha más atención y siguen desfilando, como muñecas de goma, así que me ahorro el decir nada.

—Si descubro quiénes son en la Bahía, te juro que me hago ladrón de estrellas de plata. Las dejaré en bragas.

Es Bad Romeo. Me inventé yo el nombre para el otro lado, pero también lo usamos en este. Se me ocurrió porque no se le da nada bien ligar, pero las tías caen a sus pies igual. Tiene un magnetismo que le viene de serie. Es gracias a su genética. La combinación moreno y ojos claros siempre funciona. Es como un puto cóctel bien hecho. Él lo sabe bien. Por eso aceptó el nombre de buen grado.

Somos amigos de estos que a veces follan para hacer algo en la realidad que mole. Pero en el fondo nos gusta más ir a la Bahía para alistarnos en alguna misión. Ahí también se puede follar, no está prohibido ni nada, pero nadie te da estrellas de plata por hacerlo así que generalmente dedicas el tiempo a otras cosas.

—Que me haya llamado bruja me ha dado ganas de saltar. ¿Vienes hoy?

Tomamos las escaleras para subir a la siguiente planta del edificio.

—Hoy me va fatal.

—Pues tenemos la reunión con los hombres de piedra. Ya sabes que se te dan mejor que a mí.

Bad Romeo es de conversación fácil. Hablas con él y todo fluye, incluso los diálogos con tíos de piedra. Que ya tiene mérito porque hablan como si les estuvieran grabando las palabras con una maza y un martillo, en mitad de un desprendimiento. Y sacarles una pista es una larga penitencia.

—Me han dado una beca para unas prácticas. —Lo dice como si fuera una losa. Pero es una suerte. Yo nunca podría optar a esa beca porque A, no tengo tan buenas notas y B, mis perspectivas de futuro no están tan bien definidas.

Él se puso muy en serio cuando rellenó el formulario aquel de «futuros empleos». El único formulario que he rellenado en serio en mi vida ha sido el de admisión a la Bahía. Que no es lo mismo, porque ahí aceptan a todo el que esté más o menos cuerdo, pero hay una serie de normas que hay que aprenderse bien, unos condicionantes que hay que asumir y limitaciones por edad que hay que cumplir. No sería la primera vez que quitan brazaletes por haberse pasado toda esa montaña de papeleo por el forro. Incluso he visto cómo quemaban una parte del tatuaje de un brazaletes para evitar la entrada. Aunque eso ya fue porque el susodicho debió de cagarla a lo grande. Sin duda para mí ese sería el peor castigo.

—Pero está bien lo de la beca, ¿no?

—Sí, eso sí. —Se interrumpe. Y él no suele interrumpirse. Tiene que ser algo grave.

—Bueno, suéltalo ya.

A nuestro alrededor hay un jaleo considerable, pero nos hemos acostumbrado tanto a estar codo con codo en el otro lado, hasta en mitad de una guerra de goblins, que en fin, no es muy distinto al pasillo de un instituto.

—Es en Boston. Nos vamos a mudar allí.

Mis ojos buscan salirse de las órbitas como en los dibujos animados. Esto sí que me ha jodido bien. De Barcelona a Boston. Eso significa que solo podré verlo en la Bahía. Con lo que tendré muchas más ganas de saltar de lo habitual.

—Pero no solo eso.

—Joder. ¿Hay algo más?

—Trabajaré de restorer.

—Venga, Romeo, no me tomes por idiota.

Por su mirada de perro apaleado lo dice en serio.

—Y ¿por qué has aceptado esa mierda?

—Ya sabes que mis padres creen que tengo adicción. Así que, digamos que me han obligado a aceptar.

—Sabes que los amos y señores de esa empresa son una secta, ¿no?

—Algunos creen que los de la Bahía somos una secta.

Suelto un resoplido, porque me ha subido el calor a la cara y me exaspera esto.

—Pues que te manden a terapia como hace la gente normal.

Entramos a nuestras respectivas clases y no me da tiempo a decirle que hay que preparar una buena despedida en la Bahía. Me toca Física y Química, pero me parece que me voy a pasar la hora investigando las misiones que hay disponibles para... ¡restorer! La palabra me taladra la cabeza y no me deja pensar. No me lo imagino repeinado como si una vaca le hubiera chupado la cabeza, repartiendo panfletos para concienciar y llevar por el buen camino a «los adolescentes de hoy» que saltan de manera habitual. El restorer tiene la misión de restablecer el orden. Suena ridículo. Una lucha inútil. Y aun así, las peticiones de esos cabrones llegaron al senado yanqui. Tienen el apoyo de las familias para que se permita saltar únicamente a los mayores de edad.

No deja de ser bastante hipócrita todo, como pasa a menudo con los temas importantes, porque luego está el típico que se pasa media vida en los bares de alterne en un harén de alienígenas buenorras. Se podría considerar que también invierte mucha energía en una adicción, ¿no? O el empresario que ha conseguido un nuevo horizonte de ingresos y se pone a especular como si estuviera en el Wall Street. Algunas de las

empresas de la Bahía cotizan en bolsa. Ahí los restorers no se meten. Pues que me dejen a mí desenterrar tesoros tranquila. Que no hago daño a nadie.

Por unos instantes consigo captar algo de la tabla periódica. Esto debería molarme porque mucha teoría mágica se basa en los elementos. Pero se me nubla la concentración con el asunto ese de la despedida de Bad Romeo. Pienso que debería escribir a Crazy Blossom. Ella lleva la newsletter de una de las marcas creadoras de misiones más top de la Bahía.

Bueno. Me he ido por las ramas, psico, y no he contestado a su pregunta. Pero entiéndame que todo este asunto me viene de sopetón y Bad Romeo es un buen amigo que se va a Boston y me deja huérfana en esta mierda de instituto.

Me pregunta si creo que me estoy evadiendo de un problema grave de mi vida real. ¿Me resulta más fácil saltar a la Bahía que enfrentarme al dolor? Reconozco que la pregunta tiene base, pero no hay una respuesta fácil. A ver, hay quien bebe alcohol para no enfrentarse al dolor. Hay quien se droga. Yo creo que no me hago daño saltando. Está demostrado que no es malo para la salud. Si no, ¿cree que habría más cabinas en la calle que setas en el bosque? Lo de saltar también es ocio. Digo yo que es normal que disfrutemos del ocio a mi edad. Nadie decía nada en otra época cuando la gente quedaba en el centro comercial para ir al cine. Lo que pasa es que ahora ya no estamos dispuestos a relegar nuestro tiempo libre a los pocos huecos que nos quedan, y el ocio ya es una forma de vida.

La Bahía es el alimento de los soñadores. Es un eslogan, ya lo sé, pero es verdad. Allí nos alimentan con historias, nos regalan experiencias en forma de aventura, tenemos un propósito. Disculpe si me paso de profunda pero, si lo piensa, ¿no cree que todo eso es esencial para el ser humano? Hemos convivido con las historias desde que existimos y las hemos transmitido a través del dibujo, la canción, el cine, el teatro, los libros, la escultura y otra decena de variantes que no voy a mencionar porque tampoco me voy a liar a escribir una tesis, pero, me vengo a referir que el otro lado es la máxima expresión de esto.

¿Qué me dice? ¿Se anima a probarlo?

Ya lo tengo todo preparado para el salto de despedida de Bad Romeo. Normalmente soy más dada a la improvisación. Me gusta llegar al centro de control de la Bahía, que es como la estación central de tren de una gran ciudad, y explorar qué misiones disponibles me atraen más. Pero esta vez no tenemos tiempo. Incluso hemos dejado a medias la misión de los hombres de piedra porque Bad Romeo tiene el vuelo de madrugada. Lo que significa que el tío se ha esperado hasta el último momento para soltarme la bomba. Dice que ha estado postergándolo porque a veces le doy un poco de miedo. Me compara con un revolver sin seguro. Quizás sea algo en lo que tengamos que trabajar, psico, porque tampoco quiero que los demás me vean como una tía dura de pelar que va por ahí disparando lo que piensa así a quemarropa. En el fondo estoy dolida con él, porque su manía de huir del enfrentamiento ha evitado que podamos aprovechar bien el tiempo. Si hubiera sabido antes que se iba... no sé. Da igual. Ahora mismo estoy abrumada con tantas emociones. Y no, no me apetece indagar, porque si lo hago mis neuronas podrían entrar en colapso y tendría que hacerme hipnosis para recuperarme. No quiero darle trabajo extra.

Además, que dar muchas vueltas a las cosas no es del todo bueno, en mi opinión. Porque si te excedes puedes llegar a obsesionarte. En cambio, si dejas que las cosas pasen, tu cerebro se va adaptando a lo que viene. Es más sano, ¿no cree? Supongo que no está de acuerdo porque a los psicólogos les gusta eso de dar vueltas sobre las cosas. No se lo tome a mal, son gajes del oficio.

A lo que iba: llamé a Crazy Blossom para preguntarle si había alguna misión menor, porque no podemos alistarnos a ninguna que se alargue más de cuatro horas, y por una módica comisión de estrellas de plata nos ha enrolado a Bad Romeo y a mí en una que ha organizado un master de bastante renombre. Vale la pena el gasto. Este tipo de misiones solo son secundarias, pero están bien porque son intensas y le dan profundidad a la aventura. Aunque no son comparables a una misión principal, que es canela fina, acostumbran a ser manejables y aportan beneficios a la misión primaria. Por ejemplo, en esta tenemos que atravesar un páramo y encontrar al bastardo del rey Grotte IV de Salenburg antes de que el enemigo se lo cargue. Pero a lo mejor en la principal los jumpers (como se nos llama) están en mitad de un duelo de magia contra los usurpadores del trono. Si nosotros conseguimos nuestro objetivo, habrá una posibilidad más de sucesión, si no, el trono quedará en manos de los usurpadores o de posteriores guerras de sucesión.

El destacamento sale a las seis y media de la tarde de la base D15 al oeste de la Bahía. Son las cinco y veinte y ya me he puesto el traje especial: unos leggins con detectores que en el otro lado se transforman en acero, unos guantes que me cubren desde el codo hasta los nudillos y en las misiones disparan unos rayos láser tan acojontantes que el mismo George Lucas se habría caído de culo. Como retoque, me he puesto una máscara de maquillaje que acaba de hacer el efecto: pestañas de plata. Y, por último, el chaleco, que es obligatorio para detectar si el ataque de un enemigo te vence, y por tanto te eliminan de la misión. El resto de complementos nos los darán en la misma base y están incluidos en la aventura.

Estoy poniéndome las botas especiales para terrenos impracticables cuando oigo que llega mi madre. Cosa inesperada porque creía que iría al instituto para la reunión con mi tutora directamente desde el trabajo. Joder, ojalá pudiera pagarme una cabina doméstica.

Inevitablemente oigo mi nombre. Salgo de la habitación, intentando disimular mi desánimo. Alargo la manga derecha para esconder el brazalete, pero sé que enseguida va a adivinarlo. Los leggins son vistosos. Es como si estuvieran hechos de polvo de estrellas.

Efectivamente, le cambia la cara. La expresión cotidiana de «¿qué tal te ha ido el día?» muda a «ni lo pienses». No me queda más remedio que rogar.

—Ya hemos hablado de esto. Estamos a jueves y entre semana no puedes largarte de parranda como si no tuvieras nada que hacer aquí. Seguro que tienes deberes. Y me podrías ayudar a preparar algo de cena porque a saber cuánto tiempo voy a estar en la reunión. Espero que me digan algo bueno. La última vez fue un desastre.

—Ya lo sé. Te lo compensaré, lo prometo, pero es que Bad Romeo se muda a Estados Unidos mañana ya y hoy es el último día que...

—Llámalo por su nombre, Arlet, ¿quieres? Me gustaría que hablaras con el lenguaje de este mundo por un momento.

—Mamá, no quiero discutir, de verdad. Me va genial con la terapia. Estoy mucho mejor y después de esta misión te juro que estaré un tiempo sin saltar. El que tú digas, pero hoy no, por favor. No me hagas esto.

Exhala con pesadez. Ese silencio puede ser bueno o fatal. Con ella nunca se sabe, porque depende mucho de cómo le haya ido el día en el trabajo.

¿Es comprensión lo que veo en su mirada cansada?

Por si acaso, cojo la botella de vino blanco que hay en la nevera, mientras miro el reloj...

¡Mierda! ¡mierda! Tomo una bocanada de aire para calmarme. Cojo una copa de vino y se lo sirvo.

Me he ganado una sonrisa cómplice.

—¿Me das vino para que me tome mejor lo que va a decirme tu profe? —Acepta la copa y le da un sorbo.

La abrazo.

—Por favorrrrr.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, con paciencia.

—Es una misión muy cortita, pero tengo que salir ya.

Ella me dice que no con el dedo y por un segundo creo que no me llega oxígeno a la cabeza.

—Te requisaré el brazalete el tiempo que crea conveniente. Lo más seguro es que le pida opinión a la psicóloga porque la verdad es que me preocupa mucho que el último día de Jaime prefiráis pasarlo en ese sitio de locos en lugar de hacer algo real, como ir a cenar una hamburguesa o tomar algo. Seguro que a él le gustaría hacer algo más tranquilo, pero no te lo dice para que no te enfades.

—Jolín es que me pintáis como un ogro.

—Un ogro con adicción. A lo mejor yo también me miro un programa de esos de restorer. A ver si te cogen.

—Ni de coña.

Me encamino hacia la puerta, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué vas a cenar?

Ya estoy abriendo la puerta.

—Cualquier cosa.

Suelto un suspiro de alivio en el pasillo y sonrío con ganas.

La sensación de saltar se hace extraña al principio. Es como si perdieras el centro de ti mismo, pero no en el sentido emocional, sino en el físico; como si fueras un castillo de arena arrasado por una ola. Dejas de ser y por un breve instante eres consciente de ello. Luego se supone que tu cuerpo se desintegra en el mundo real y reintegra en la cabina de destino, pero no te enteras de nada. Las primeras veces casi siempre marea. Yo dejé de vomitar a partir del décimo salto. Hay a quien le sangra la nariz. Pero es seguro, o tan seguro como puede ser subirse a una montaña rusa que tiene un estricto mantenimiento.

El proceso se considera un hito científico y tal, pero para mí es un puro trámite. Como pasar por el centro de control del aeropuerto. Un sensor hace la lectura del código del brazalete para identificar al jumper, introduces la localización (en mi caso voy a D15), después escanea el patrón de ADN humano, quizás para asegurarse de que no se cuele un escarabajo y la jodan en destino convirtiéndote en el protagonista de Kafka. Y, finalmente, la magia tiene lugar y viajas a través de no sé qué plano del espacio-tiempo hacia la otra dimensión. Ese otro lado fue descubierto por un genio austrohúngaro con un nombre que no retiene ni Dios.

Así que, después de todo este trajín de partículas, me encuentro saliendo de una de las cabinas de la Bahía. Hay miles y están alineadas sobre el agua en extensos brazos anexionados a la isla central. Para que se haga una idea, psico, es como una réplica de Dubái, pero con vegetación exuberante de tipo tropical que por la noche se ilumina luciendo varios tonos de azul, púrpura y verde. Es como estar en una inmensa discoteca natural. Hay una cúpula invisible al ojo humano con mogollón de conexiones que se divide por zonas donde los masters programan las misiones y estas se conectan con el chaleco y toda la parafernalia que llevamos encima. Por ejemplo, puedes ponerte una diadema aparentemente normal, pero en la misión se convierte en unas orejas de gato que parecen reales y mil historias raras. Hay millones de opciones y todo tiene su precio en estrellas de plata.

En seguida aparece una lanzadora, que no es más que una plataforma metálica que se mueve sobre un raíl y ofrece varias asas para que los jumpers recién llegados podamos agarrarnos y avanzar después a través del brazo hasta la isla a una velocidad bastante aceptable. Yo ya estoy alineada con mi zona D15, así que cuando la lanzadora llegue, tendré que andar solo unos metros.

Miro el reloj. Ya son las seis y veinte. Eso me hace chascar la lengua porque seguramente me habré perdido la explicación de la misión. Si el destacamento parte a las seis y media, hay que estar como mínimo a y cuarto para ir bien. Espero que Bad Romeo ya esté allí.

Cuando llego, con la lengua fuera, porque he decidido echarme a correr nada más bajarme de la lanzadora, el longlife me echa una mirada desaprobadora. El longlife es un jumper profesional que ya trabaja en la Bahía para algún master. Mucha gente desea hacerse longlife hoy en día, pero eso es como los que quieren ser estrellas de Hollywood. Yo no quiero hacerme longlife, se lo adelanto porque sé que me lo va a preguntar. A mí esto me gusta como ocio, pero una vez se vuelve tu trabajo seguro que ya no es tan divertido. Todo el mundo tiende a ver la cerecita del pastel, pero hay mucha masa por debajo que no hay que dejar de observar. De cara a nosotros, los longlife aparentan una cosa, es como un escarparte, pero a saber cuánta mierda se comen.

El longlife se dirige a mí.

—Supongo que eres Cherry Sky. —A mi asentimiento continúa—. Un minuto más tarde y te habría dejado fuera.

Tiene pinta de comandante de infantería. Bueno, comandante de un medievo futurista.

—Lo siento —contesto sin aliento.

—¿Alguien le explica de qué va esto por el camino? —pregunta a la multitud; unas veinte personas en total. Levanto la vista entre los jumpers y veo la mano de Bad Romeo hacia el fondo. Menos mal, si no llega a venir lo mato y se queda sin vuelo.

—Bien. Pongámonos en marcha. —Vuelve la vista hacia mí—. Recoge tus complementos, jumper, y espabila.

La marea de jumpers echa a andar y Bad Romeo se queda rezagado para encontrarse conmigo al final.

Cojo los complementos de la única estantería que queda vacía. Es una piedra luminosa, un colgante de plata y ¿esto es una estaca?

—De puta madre, Cherry, no me esperaba una misión de terror —me dice Bad Romeo, con la cara iluminada.

Me quedo con la mandíbula colgando.

—¿Cómo? No me jodas. Pero si Crazy Blossom dijo que era medievo apocalíptico. Él asiente enérgicamente a cada una de mis palabras y añade cuando acabo:

—¿Has oído tú el detalle de instrucción de la misión o he sido yo?

—El terror no me va, no, no, no. Lo voy a pasar fatal.

Al hilo de mis pensamientos, estoy volviendo a dejarlo todo en la estantería. Yo soy de brujas, enanos, elfos, hechiceros, y puede haber orcos; eso lo acepto. Temibles dragones, monstruos fantásticos, ok. Pero si hay vampiros, espíritus o mierdas de esas no puedo.

—¿No era el rey Grotte no sé qué y su hijo bastardo?

—Te lo explico de camino.

Mi cara debe de ser un poema porque me coge del brazo y me dice.

—Si quieres lo dejamos. A mí me apetece mucho y estaré contigo todo el rato, pero tú decides. Lo has organizado tú.

Busco su mirada como para que me ampare. Yo quería esto. Que si tenía que acabar lo que quiera que haya entre nosotros fuera en la Bahía. Pero no esperaba tener que pasar un tormento. Aun así, lo prefiero a la alternativa que planteaba mi madre. No hay nada como la adrenalina junto a él.

—¿Vamos? —Me dice tendiéndome la mano gentilmente. Con ese uniforme, como el de un pirata oscuro con hombros de acero, ¿cómo puedo decirle que no? Se ha traído su espada de sable. Su favorita.

Cierro los ojos dos segundos, convencida de que me arrepentiré de esto. Los vuelvo a abrir, cojo los complementos y corremos cogidos de la mano para unirnos al resto del grupo.

El páramo.

No perderé mucho el tiempo describiéndolo, psico, porque no hay mucho que ver. Solo una enorme extensión de la nada más absoluta, a la que acompaña un viento sibilante, un cielo gris rojizo, muy apocalíptico, y un silencio sobrecogedor.

La instrucción de la misión es muy clara: hay que atravesar el páramo hasta llegar a una cordillera que cruza la tierra como una cicatriz geográfica, y encontrar la puerta oculta, que siglos atrás, sirvió de entrada a las minas de una raza muy característica de enanos albinos. Ahora es la gruta de otro tipo de especie autóctona. Quizás la misma que arrasó con toda la demografía de aquellos enanos. Y ahí, en algún punto de la más negra cavidad, se encuentra el bastardo del Rey.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí el tío? —El miedo me hace preguntárselo así—. Estar aquí no le da a uno ningún ánimo de fiesta.

—Sin conocer a fondo la historia, me atrevo a decir que no está aquí por voluntad propia.

—Se lo han llevado los demonios. —Mi risa es débil porque estoy cagada, pero conserva cierta floritura similar a la habitual.

Uno de los errores más comunes de la gente es pensar que esto es como un videojuego. Seguro que usted también lo piensa mientras me lee. Pero imagínese estar en mi piel ahora, en medio de una marea de jumpers que avanza por una extensión aparentemente desierta. Para empezar, sabemos que no estará desierta por mucho tiempo, pero la gran diferencia es que estamos presentes físicamente y le aseguro que una amenaza física no tiene nada que ver con una virtual. Aquí creemos que verdaderamente vamos a diñarla, y sentir esa adrenalina en tus venas es sencillamente adictivo.

De pronto, el suelo se abre un tramo más adelante, provocando gritos y la caída de unos cuantos. Algunos jumpers no reaccionan a tiempo y son eliminados rápidamente por un...

—¿Qué es esa cosa? —le pregunto a Bad Romeo.

Es tan corpulento que podría ser Hulk, pero la textura de su piel es como la de un zombi, al igual que su expresión oral. La boca es redonda y repleta de hileras de dientes. Está claro que podrían triturarte los huesos como puré y, aunque sepas que no pasará, sale el instinto de supervivencia. Supongo que está grabado en nuestro código genético y tal.

Sus manos son garras, como las de un topo. Coge a una jumper y la parte por la mitad. Claro que solo lo parece, porque la cúpula activa los efectos especiales del cine y los pone a disposición del populacho. Para no perder el efecto, el chaleco tiene una función que mimetiza al jumper con el ambiente haciéndolo opaco (casi como si desapareciera) y queda eliminado. Después, se abre una puerta lateral y sale por ella, abandonando la misión.

Pero es que hay charcos de sangre por todas partes. ¿Cómo reaccionaría ante eso? ¿Qué haría usted si un monstruo la atacara? Seguramente se mearía encima. Si me hubiera topado con uno como este en mi primera misión me habría quedado traumatizada, por eso existe una progresión; la experiencia se guarda en nuestro perfil y

nos permite desbloquear algunas misiones y otras no. A mí que sea un monstruo no me da tanto miedo. Estoy acostumbrada. Aun así, es imposible que no se me acelere el pulso, no hay más que tener sangre en las venas para que te pase.

Como iba diciendo, el Hulk-zombi-topo barre jumpers del modo más gore posible para que los demás nos acojonemos vivos. Está casi encima nuestro y necesitamos ganar distancia, así que echo mano de uno de mis rayos más potentes: el que desdobra mi presencia en varios lugares a la vez. No tengo más que apuntar a una en concreto y allí estoy. El monstruo no sabe cuál de mis copias es la original, así que se pasa un buen rato dándole zarpazos al aire.

Entretanto, Bad Romeo y yo combinamos una serie de ataques de disparos, rayos paralizadores y estrategias varias que ya tenemos aprendidas como equipo y Romeo le clava su sable en el estómago. Durante nuestro ataque, el resto de jumpers ha aprovechado para escapar y solo quedamos nosotros para rematar el trabajo. Como el monstruo sigue a tope con los dientes, le doy de comer tantos rayos como Zeus habría lanzado en dos semanas y le dejo la boca bien maja.

—La factura del dentista le saldrá cara —digo cuando se vuelve a meter bajo tierra.

—Me ha hecho perder el sable, hostia.

—¿Te refieres al típico sable que llevan los restorers?

Me pega un codazo amistoso. A veces me flipa pensar que nos conocimos en un parque cuando teníamos seis años. Fue un agosto que mi madre describe como el desierto barcelonés, donde el suelo mullido de los parques infantiles era como asfalto quemado. Pero acababa de divorciarse de mi padre, así que salir a tomar el aire, aunque fuera aspirando fuego, siempre fue mejor opción para ella que quedarse encerrada en el piso donde se suponía que teníamos un proyecto familiar. Nos mudamos poco después, pero yo le insistía a mi madre en ir al mismo parque a ver a Jaime.

Me hace gracia pensar que hemos crecido jugando juntos. Y continuamos jugando. Esto me lleva a preguntarme, psico, si me estará pasando como a mi madre entonces, que necesito salir a tomar el aire a la Bahía, y entretenerme con cuatro monstruos para no pensar en lo triste que estoy por su marcha.

Cuando quiero darme cuenta, ya estamos frente a la cordillera. Aquí las distancias no son una locura. Al fin y al cabo, son cuatro horas de misión y no podemos perderlas recorriendo kilómetros. Aunque sí que existen misiones así más de senderismo, muy a lo hobbit, donde no hay monstruos ni nada de eso. Son búsquedas de llavecitas muy monas y hay mucha interacción con seres mitológicos. Ningún sobresalto exagerado. Quizás algún dragón, para darle un poco de emoción al tema. Seguro que a eso sí que se apuntaría, ¿verdad? Tiene aspecto de que le guste dar paseos. Y lo digo en el buen sentido. Le quedaría bien un disfraz de hada todopoderosa.

—¿Alguna idea? —me pregunta Bad Romeo, observando los complementos de la misión. Lleva la cadena en una mano y la piedra luminosa en la otra. Como no le respondo enseguida, intenta darles un sentido, colocando la placa de la cadena sobre la piedra en dirección a la montaña. Nada pasa.

El recuerdo del parque me ha dejado un poco tocada y no puedo pensar en una puerta secreta ahora.

—No sé.

—Oye, ¿estás bien?

Como quien ve a través del agua, oiga.

No quiero mirarlo a los ojos. ¿Por qué me ha dado esto ahora?

—Bueno, es tu despedida, ¿no? Encontrar la entrada es casi tu responsabilidad.

Me sale más arisco de lo que pretendía.

Él se detiene en los complementos y los mira detenidamente, para no mirarme a mí.

—Ya vuelves a hacerlo —me dice.

—¿El qué? —pregunto molesta, porque yo no soy un putito patrón. Como el papel pintado, que lo pones en las cuatro paredes y en cada una es igual. Yo no soy igual en cada situación.

—Ponerte borde para evitar hablar de un tema que te está jodiendo. Es tu defensa. El revólver sin seguro.

—Que te den por culo, Bad Romeo.

—Y a ti, Cherry Sky.

Tenemos una cordillera de montañas delante, pero parece que esté entre los dos. Que algo nos haya partido por la mitad. Habrá algo más que una cordillera que nos separe muy pronto. El putito océano Atlántico.

—Cherry, eres mi mejor amiga. Sé que nunca voy a conocer a nadie más como tú. Y no me hará falta porque esto no es el fin del mundo. Aunque lo parezca. O sea, aunque estemos literalmente en el fin del mundo en este momento, nos volveremos a ver.

Siempre consigue hacerme reír.

—Conmigo eres mucho menos Bad Romeo de lo habitual.

—Porque te conozco. Entonces es más fácil.

Nuestras frentes se tocan.

—Romeo. Quiero decirte algo. No sé por qué no te lo he dicho antes, pero ahora, aunque estemos en un mundo terrorífico con monstruos Hulk-zombis-topo y vete a saber tú qué más, me gustaría... si pudiera...

—¡Eh! Vosotros —nos interrumpe una voz familiar.

¿En serio? Pienso al volvernos. Ahora viene el longlife a joder la marrana.

—Aquí no hemos venido a enrollarnos. Que esto no es un club de citas. O estáis por la misión o fuera.

Nos miramos y asentimos.

—Una pista, longlife —pide él.

Su mirada severa no descansa. Mirando así, fijamente como un loco ¿no acaban por dolerle las sienes o algo? No sé, pregunto.

—Me parece que no estáis por la labor, porque lo tenéis delante de vuestras narices.

Bad Romeo observa la pared de la montaña con cara embobada. Yo, que soy más analítica, miro todos los recovecos, no me dejo ninguno, como si fuera un ciborg programado para localizar entradas secretas. Solo me falta un escáner en los ojos. Que los hay, claro, pero valen un tanque de estrellas de plata.

Por suerte, no me hace falta porque nos lo ha puesto a huevo.

Hay una ranura que parece artificial.

Me acerco. Sí. Tiene que encajarse algo de lo que llevamos encima.

Es demasiado grande para la placa que va en la gargantilla. Habría molado, pero ahí tampoco cabe la piedra luminosa. Descartado el resto, clavo la estaca con fuerza.

Encaja perfectamente.

—Pensaba que era para los vampiros —le digo al longlife, derrochando seguridad en la voz. Es lo que me pasa con los tíos autoritarios, que siento como la necesidad de crecerme más. Pero no me doy cuenta hasta que es tarde.

—Mejor consévala, todavía no sabes lo que hay dentro —me dice él, con la rectitud de un jefe de marines.

Miro a Bad Romeo con los ojos muy abiertos. Lo sé. Aquí empieza el terror de verdad.

Lo primero que pensaría en un lugar como este es que en la gruta todo fuera deprimente y oscuro. Pero resulta que aquí dentro hay agua, vegetación con las mismas propiedades luminosas que en el resto de la Bahía y hacen un juego de luces en las paredes impresionantes. Como una isla paradisíaca bajo tierra.

—No veas cómo sabían los enanos albinos —sonríó.

Estamos en una cámara subterránea de las muchas que tiene que haber. Y en alguna está el bastardo del rey. Es posible que lo encuentren otros jumpers, entonces nuestro recuento de estrellas será algo menor.

—Que no te engañen las apariencias. Ya sabes que cuando te relajas, la lías.

Reconozco que las veces que me han eliminado de las misiones ha sido por un exceso de confianza, pero nunca porque me pillaran en medio de un arrobó semejante.

—Creo que podría vivir aquí.

—¿Quieres decir bajo una tierra seca, poblada de monstruos que pueden arrancarte la cabeza a la menor distracción?

—Exacto —digo sonriendo con picardía—. Aquí mismo.

Y como se humedece los labios con la lengua así tan distraídamente, de manera inocente, como si no tuviera ni idea de lo que me excita que lo haga, no puedo resistirme y lo beso.

No es nuevo. Podría haber pasado antes de que nos interrumpiera el longlife. Pero parece sorprendido.

—Ey, Cherry. Que ya sabes cómo acaban nuestros besos. No querrás —se queda estupefacto cuando asiento—. ¿Aquí? —responde observando el entorno.

—No te pongas fifi, anda. Que en el fondo somos cavernícolas.

Me pego a su cuerpo y le beso con frenesí. Mi lengua se enreda con la suya con fiereza. Como si fuera un desahogo de la tensión de antes. Y seguramente lo sea. Me gusta tomar la iniciativa, porque la mayoría de veces es como si no se lo esperara y no sé cómo describirlo, psico, pero me revoluciona el cuerpo.

Por alguna razón que no me explico, Bad Romeo se separa y se acerca a la pared contraria de la cámara, escondiendo la cara entre las manos. Emite un extraño rugido animal de frustración.

—¿Qué pasa? ¿Es por lo que ha dicho el longlife?

Se vuelve a mirarme un tanto decepcionado.

—¿No lo sabes?

Varias veces abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—Saber ¿el qué?

—Por qué he aceptado venir aquí el último día.

—¿Porque estabas agradecido por el regalo? —pruebo a decir, totalmente perdida. Sé que no estoy acertando, porque mi respuesta aterriza en sus facciones con ligero dolor.

—No, Arlet, no.

—Joder, Romeo, no rompas el ambiente llamándome por mi nombre.

—No te preocupes, el ambiente ya está roto.

—¿Por haberme puesto cariñosa? Anda, vaya, siento mucho haberme dejado llevar por mis emociones.

—Que no es por eso, joder —dice—. Eso me gusta. Pero es porque no me entiendes.

—Pues explícate. Que te cuesta más abrirte que a un molusco chungo.

Sigue un silencio.

—¿Un molusco chungo? Y se puede saber ¿qué es un molusco chungo?

Solo nosotros, unos putos lunáticos podemos pasar de discutir a reír en el curso de segundos.

—Ya sabes, de esos que están muy cerrados y te dicen que no los abras porque están malos, o que pueden hacerte daño.

—Pero tú quieres que me abra, así que entonces no tiene sentido lo que dices.

—Pues tienes razón. La cuestión es que quiero que te abras y me cuentes qué pasa.

Me siento en un saliente que está a la altura perfecta. No contesta y le insisto:

—¿Entonces? ¿Vas a explicarte o tengo que sacártelo a punta de estaca?

Se sonríe. ¿Cómo voy a vivir sin esa sonrisa?

No puedo pedirle que no se vaya. No es justo para él que se lo pida. Es egoísta.

Se mira los pies, sin acertar a encontrar las palabras.

—Pon la directa, amigo.

Entonces sus ojos se clavan en los míos y en ese momento hay un rollo con las luces de las plantas que me deja anonadada. Como si se hubieran puesto a hacer todas fotosíntesis al reflejarse en su cara. En plan sobreexcitadas.

—Estoy aquí para distraerme y no pensar en cuánto te voy a echar de menos.

Me habría emocionado si fuera de lágrima fácil, pero en lugar de eso me acerco a él y lo abrazo con fuerza. Estoy a punto de decirle algo que habría sonado igual de profundo, pero nos interrumpe una respiración en la cámara. Es como un gorgoteo rencoroso. Un ahogo espasmódico. Pero no hay nadie con quien podamos relacionarla. Es una amenaza incorpórea y a mí eso me pone muy nerviosa. Aunque sepa que es un rollo de ambientación y tal, es de las pocas cosas que consigue tocarme la fibra.

Imagínese: sonidos de pasos, arañazos en la pared, que algo invisible le toque el pelo, notar que algo frío le coge del brazo, incluso sentir cómo se imprimen sus dedos en su piel.

Ante mi total parálisis frente a este tipo de creaciones sobrenaturales, me pego a Bad Romeo como si fuera una auténtica novata.

—Podemos colaborar con otros jumpers, si quieres.

Normalmente lo hacemos, pero quiero que estemos solos él y yo, aunque tenga que quedarme encerrada con uno de esos entes hasta que acabe la misión.

—Vamos a buscar al bastardo —digo a media voz.

La Bahía está repleta de interrupciones y se pregunta por qué la elijo para despedirme de Bad Romeo. Vuelve a hacer referencia a mi reflexión de antes, de si, vengo aquí para no darle vueltas a la idea de se va, de que me deja. Es posible. Pero también puede ser que hagamos las cosas sin un motivo oculto, ¿no? Quiero decir que si a una le gusta bañarse desnuda en la playa en pleno invierno no significa que tenga algo interno que resolver, en plan, que quiere poner al desnudo sus problemas más jodidos y reflexionar sobre ellos porque así las ideas vienen frescas. Yo qué sé, que me lo estoy inventando y digo gilipolleces, pero quizás solo sea eso, que me gusta saltar a la Bahía y pasar el rato aquí con él. Sobre todo, porque es la última vez que estaremos juntos en una misión, antes de que se haga restorer. Es algo que nos gusta hacer juntos. Ambos nos sentimos en nuestro elemento mientras caminamos entre las cámaras, buscando alguna pista que nos ayude a localizar al bastardo. Un mapa dibujado en alguna parte, una llave, una secuencia de números, alguna otra obertura donde encajar la estaca de

nuevo. A pesar de los constantes sustos que nos aguardan en algunos de los recovecos, apariciones que se cruzan en mitad del camino y pasan a través nuestro, está siendo una buena experiencia. Es cierto que estamos más callados que de costumbre. Casi siempre nos pasamos las misiones comentando esto y aquello. Pero en esta es diferente. Sabemos que el final está cerca. ¿De qué? El fin de esta misión se ha convertido en una especie de fin metafórico de nuestra relación. En una hora y media se habrá acabado el tiempo. Encontremos al bastardo o no, saldremos de esta gruta, nos abonarán algunas estrellas de plata, nos darán las buenas noches y nos iremos a casa. Ya dirá usted lo que opina, porque yo no valgo para ese tipo de análisis. Pregúnteme el mejor modo de abrir una puerta secreta utilizando un idioma inventado de los elfos, pero analizar el trasfondo de mis actuaciones en base a mis sentimientos es algo que se me escapa.

—Mira ahí —dice Bad Romeo señalando el paso bloqueado por una roca. En ella hay una inscripción, lo que hace evidente que hay que resolver un acertijo para seguir hacia adelante o volver atrás, donde ya sabemos que no está el bastardo.

Aquí hay poca vegetación de la que ilumina; por tanto, mucha oscuridad. Así que nos valemos de nuestra piedra luminosa para leer lo que pone.

Bad Romeo me mira confundido.

Yo misma me he quedado perpleja al leerlo.

PÍDESELO O VUELVE POR DONDE HAS VENIDO.

—Nos habremos dejado alguna pista —digo.

—¿Pedir el qué? ¿a quién?

—No tengo ni idea. Como acertijo deja mucho que desear.

—Es como si esperaran que hubiera alguien aquí.

—El portero se ha ido a mear —me burlo.

Estamos en un callejón sin salida. Por mucho que Bad Romeo explore la roca con la piedra luminosa en alto, no encuentra nada que complete la inscripción principal.

En este rato muerto podría aprovechar para decir todo lo que me gustaría. Lo de *confiésale tus sentimientos* ha salido varias veces en conversaciones con amigas. Dicen que he construido un muro de contención alrededor de lo que siento por él porque tengo miedo de que me rompa el corazón. Por eso llevo lo nuestro de manera tan informal.

¿Qué le parece? A mí lo del muro de contención como sacado de una revista de niñas y ya no digo de lo de la relación informal. ¿Quién decide cómo debe ser una relación? Sé a qué se refieren cuando me dicen que le confiese mis sentimientos. Quieren que le diga que le quiero, pero no lo voy a hacer. Por un lado, esas dos palabras están tan gastadas que ya no significan nada. Por otro, entrañan un apego que limita libertades. Si un tío me dijera *te quiero*, le respondería «y eso ¿qué implica?». «¿Para ti solo? ¿Para un rato? ¿Para siempre?». A mí no me hace falta que él me lo diga o se sienta en la obligación de decírmelo. Lo noto. Lo siento.

De pronto se me ocurre mirar lo que dice en la placa de mi gargantilla, porque ni siquiera la he inspeccionado en toda la misión.

—No me olvides —leo.

—¿Qué? —pregunta, distraído.

—¿Es un no me olvides? —Cojo la placa de la gargantilla con un mohín—. Queda un poco fuera de lugar en una misión. Es como cursi.

Bad Romeo lee lo que pone en su placa.

—Tú tampoco. —Parece comprender algo en ese momento. Pero no lo dice.

—Venga, no pone eso —me acerco, incrédula.

—Te lo juro.

Acerco tanto su placa hacia mí que la cadena se le clava en el cuello. Levanto la mirada con los ojos muy abiertos.

—¿Qué cojones...?

Él me mira muy serio y un cosquilleo me sube por la tripa. Me coge de la nuca con decisión y me acerca a su boca. Las pulsaciones se disparan. El calor me inunda.

Después, su aliento en mi oído.

—Ven conmigo a Boston.

Me separo por la sorpresa, esperando ver una expresión de guasa, pero no; habla en serio. Tengo la piel de gallina.

—Eso es lo que tenía que pedirte —dice, mirando hacia abajo. Ahora no es capaz de mirarme a los ojos, porque teme mi reacción. Un gatillo sin seguro.

—Qué cabrona Crazy Blossom —digo, atando cabos. Es una misión hecha a medida. Seguramente ha hablado con su amigo master para pedírselo a la carta. Un monstruo porque es lo que más disfruto yo, que haya algo de terror que a él le encanta y

ahora esto de la inscripción. Los otros jumpers estaban de relleno, para que no cayéramos enseguida.

—Está currado, pero en lo de los no me olvides ha pinchado. ¿Cómo sabía ella que querías pedírmelo? Habéis hablado, seguro. A veces pienso que le cuentas más cosas a ella que a mí. No muerdo ni nada, ¿eh?

Se le ve decepcionado. Claro, todavía no he respondido, cosa que le tiene con la expresión algo sombría.

—¿Piensas decir algo? —se arriesga a preguntar.

—Vamos a ver —la lógica me presiona el lóbulo frontal, ¿occipital? No sé, me presiona y punto —suena muy romántico y todo eso, pero irse a Boston no es como venir conmigo a Madrid. Es todo un tema que hay que planear muy bien... tenemos dieciséis años. El instituto, mi madre...

Vale. Me deja con la palabra en la boca y enfila por el camino que se ha despejado después de *pedírmelo*.

Acelero la marcha por el paso estrecho y abrupto que hay entre las paredes curvadas de piedra y cuando llego al final se abre una gruta con una pequeña laguna en el centro. No veo a Bad Romeo por ninguna parte. ¿Ahora qué? Se me va aparecer un espíritu en el agua que me dirá lo imbécil que he sido por no gritar un sí rotundo, que es lo que verdaderamente me pide el corazón. «Recuerda quién eres».

Mierda. No puedo perder la concentración.

Miro en todas direcciones, a ver si se ha colado por aquí algún vampiro. Entonces pienso en el longlife. Se ha tomado su papel muy en serio para ser una misión hecha para despedir a Romeo. Eso no quiere decir que no nos aguarde alguna otra sorpresa. Una misión es una misión.

Me acerco a la laguna, con la idea de que quizás encuentre una llave o algo parecido para abrir una mazmorra, por ejemplo, donde estarán el bastardo y Romeo. Lo habrá capturado algún bicho.

Estoy acojonada porque estoy sola y este silencio no es normal. Ha pasado demasiado tiempo sin que afrontemos una amenaza. La secuencia suele ser amenaza-acertijo-amenaza y acertijo a la vez.

Si cree que en el agua se proyecta un ser bondadoso para hacerme reflexionar sobre mis errores, se equivoca, lo que sale del agua es tan terrible que me quedo sin respiración.

Reculo, con la muñeca vuelta hacia arriba, preparada para disparar uno de mis rayos. Al principio me cuesta comprender que es un cuerpo humano, porque está impregnado de algo negro, como si le hubiera escupido el carburante de un barco. Se desplaza a cuatro patas con la agilidad de una criatura arácnida, pero con la cabeza erguida, un rostro alargado, blanquecino, la barbilla afilada, los ojos dos cuencas negras, profundas, sobrenaturales. La boca es inmensa. Tan grande que su cara se parte en dos. Sin mover los labios, una voz que sale de su interior dice:

—No es un juego, esto ya no es un juego.

Es la voz de Bad Romeo.

El impacto que me provoca escucharla me hace perder el equilibrio.

La bestia, que parece sacada del infierno, se pone en pie y me sonrío, amenazadora. La pátina negra de su cuerpo se va desprendiendo a media que avanza hacia mí.

Empiezo a dudar de que sea lo que ha preparado Crazy Blossom. Y la duda es lo único que me queda, porque todo lo demás ha desaparecido, sobre todo la valentía.

No quiero disparar hasta no comprender en qué juego me he metido. A lo mejor si disparo, elimino directamente a Bad Romeo. Es alguna mierda retorcida de esas.

—¿Qué tengo que hacer? —pruebo a preguntarle, a falta de otras pistas.

El hombre se me acerca con el líquido viscoso cayéndole por la cara. Me siento un poco como Sigourney Weaver en la mítica escena, ya sabe. Otra voz, que creo reconocer como la del Longlife surge de su interior. Joder, se los ha tragado, ¿no? Es la primera vez que veo esto.

—Un ente parasitario acabó con los enanos albinos del lugar, estaba sin alimento hasta que llegó el bastardo del rey y se lo tragó. Si atacas te traga, si te acobardas te traga, si desapareces te salvas, pero si no le haces frente no nos rescatas.

Como no puedo atacarle ni quedarme sin hacer nada, repito estrategia: arranco a correr en dirección al centro de la gruta, donde está la laguna, al tiempo que lanzo rayos a mi alrededor para generar mis réplicas. Por lo menos así no sabe a quién tiene que tragarse.

Pero esta vez el truco no resulta, porque el mal bicho es más listo que el otro y reconoce a la original. Básicamente porque las réplicas son como una foto de mí misma y su expresión es neutra, pero a mí me resulta imposible esconder el miedo y la máscara de terror que llevo encima no lo engaña. Se acerca, sin prisa, clavándome una mirada fría y salvaje. Yo, que estoy de espaldas a la laguna no me doy ni cuenta de que voy acercándome al borde. Ese hombre me hace pensar en todas las situaciones extremas en las que una mujer haya podido verse envuelta en su vida; indefensa bajo la mirada amenazadora de un depredador sin corazón...

No calculo bien la distancia y caigo en la laguna. Hay un poco de altura, no es en plan orilla de playa, es un agujero en el suelo. El agua es negra y huele como a perro muerto. Aun así, mi cabeza se ilumina con una idea patillera: la piedra luminosa. De pronto, sé que lo que estoy buscando está ahí, al fondo de la laguna. Lo confirmo cuando a mi oponente le cambia la expresión.

Le dedico una sonrisa por primera vez desde que nos hemos cruzado y, a pesar del asco, me dejo engullir por ese líquido viscoso.

Aguanto la respiración con la piedra luminosa en la mano y buceo con dificultad por la espesura. Tal y como esperaba, veo algo al fondo. Pero no es una llave, ni nada que pudiera esperarme. Es algo muy loco. Un corazón que palpita.

Lo sé. Sé cómo ganar esta misión.

Estoy a punto de sacar la estaca del cinto cuando noto que el hombre me agarra del tobillo y empieza a tirar con fuerza.

Me vuelvo y solo veo sus ojos y la boca inmensa que quiere succionarme.

Si atacas te traga, si te acobardas te traga, si desapareces te salvas, pero si no le haces frente no nos rescatas.

Hago algo que no había hecho nunca.

Disparo hacia mi pierna. Noto un calambre, pero no he desobedecido ninguna de las normas y eso confunde a mi oponente. Aprovecho ese estado de perplejidad para desembarazarme de su agarre y, casi sin respiración, me impulso hacia el corazón palpitante. Le clavo la estaca.

De pronto, algo en el fondo estalla y me empuja hacia el exterior de la gruta.

Toso. Alguien tose a mi lado. Es Bad Romeo.

Unos metros más allá están el longlife y otro tipo. Se ayudan mutuamente a ponerse en pie y me miran con satisfacción.

—Bien jugado —dice el longlife.

—Por fin puedo reclamar mi herencia —dice quien hace de bastardo.

—Crazy Blossom os ha preparado una fiesta en la taberna el Potro Cojo. El master y yo os invitamos a las bebidas —dice el longlife.

Les dedico un asentimiento rápido. El bastardo nos da unas toallas para que nos limpiemos antes de dejarnos solos.

—Hostia, ha sido la bomba, Cherry Sky —dice Bad Romeo, secándose el líquido negro con la toalla.

—Siento lo de antes.

—Ya. Me ha dejado tan jodido que me ha tragado un monstruo, ya ves.

Eso me hace reír. ¿En qué realidad sería posible decir eso? ¿Me entiende ahora? Quiero formar parte de las historias, ser un elemento indispensable en una misión. Pero ahora me doy cuenta de otra cosa. Más que formar parte de la historia de algún master, quiero ser parte de nuestra historia, la suya y la mía.

—¿Cómo se supone que voy a irme a vivir a Boston con vosotros? No te cabrees, pero joder, soy menor de edad. No puedo de repente mudarme a Boston.

—Tengo un plan —dice, mirándose con picardía. Como cuando llega a la solución de un enigma la mar de enrevesado.

—Estaré con mis padres en un apartamento hasta que encontremos una casa. Ahí sobra una habitación. Puedes venir durante las vacaciones, más o menos lo que duran las prácticas de restorer. Después... —levanta una ceja, esperando a que lo adivine.

—Después nos veremos en la Bahía.

—Eso mismo.

Nos ponemos en marcha hacia la puerta lateral que se ha abierto en la gruta.

—Y ¿cómo sé que no te van a comer la cabeza en el programa ese? Es lo que suele pasar en las sectas.

—Porque lo que siento por ti es más fuerte —lo dice así en voz baja, como si fuera poca cosa. Un detalle sin importancia. Pero da en la tecla, ¿sabe?

Me detengo y lo miro seria.

—Sí —digo.

—¿Sí?

—Iré contigo.

Nos besamos con ansias, como si ya nos estuviéramos despidiendo en el aeropuerto.

—Pero ya me dirás qué pócima podemos robar en la Bahía que funcione en el mundo real y pueda convencer a mi madre —digo.

—Eso déjasele a la mía. Creo que podría convencer a un león de no comerse a un lechal.

Caminamos hasta el punto de partida de la misión y dejamos los complementos en su sitio.

—Entonces, ¿esto quiere decir que estás enamorado de mí y todo eso?

—Sí. O sea, no sé qué quieres decir con «y todo eso» pero sí. Si no lo estuviera no te pediría venir conmigo.

—Ya, es que me cuesta de creer —digo, encogiéndome de hombros.

—Pensaba que ya lo tenías claro a estas alturas.

—Siempre hemos sido libres de estar con otros.

—Y ¿hemos estado con otros?

—Bueno, yo casi estuve, pero reconozco que me forcé un poco por eso de no sentirme atada, pero vamos una gilipollez, porque no llegamos ni a medio beso.

Me peino un poco la melena con la mano, cosa que no he hecho ni cuando el primer monstruo de la misión se me ha echado encima, pero esta conversación a corazón abierto me tiene como un flan. Acabamos de cruzar la línea de la amistad hacia algo más sólido y me siento insegura, porque no lo había permitido antes. Cada vez que me ha dicho algo más en serio, lo he desviado. ¿Cómo analiza eso, psico? No tengo miedo al compromiso ni nada de eso. A lo mejor es algo relacionado con la separación de mis padres. Bad Romeo siempre ha estado ahí, hasta que de pronto me dice que ya no lo va a estar, entonces se ha abierto la caja de pandora, o alguna mierda así, ¿verdad?

—Oye —digo—. Estoy pensando que eso de la fiesta no me apetece mucho. Me ha entrado hambre. ¿Saltamos de vuelta?

—¿En qué estás pensando?

—Una hamburguesa y... —le dedico una mirada ladeada, cargada de intención, tocándole el culo.

—Me parece genial.

Esa sonrisa es para mí. Le beso hasta los dientes.

*El relato está registrado. Su reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, ya sea la reprografía o el tratamiento informático está prohibido.